

Pancho Investigador.

Luces en La Aurora

Helen Velando

loqueleg

No podía dormir. Ya eran casi las dos de la mañana y no podía dormir. No era por el calor, era porque mi cabeza daba vueltas y vueltas como licuadora haciendo licuado de banana. No paraba de pensar y yo lo que quería era dormir. Tenía que dormir porque el despertador iba a sonar en tres horas. Daba volteretas en la cama como una lagartija. ¿Las lagartijas dan volteretas? Bueno, es un detalle, pero esa es una idea de lo que me pasaba. De un pensamiento iba a otro, sin querer, y así me podía pasar la noche entera pensando cosas, cualquier cosa, haciéndome preguntas como: ¿y si me duermo cuando suene el despertador?, ¿cómo hago para dormirme de una vez?, ¿cómo se saca el común denominador?, ¿dónde tienen el acento las palabras esdrújulas? En fin, todas preguntas que uno se suele hacer cuando tiene insomnio. Y sobre todo si uno sabe que en tres horas tiene que levantarse porque lo pasan a buscar.

“Ya sé —pensé astutamente—, me voy a concentrar en el tictac del reloj.” No fue una buena idea: ahora el tictac era gigantesco y, aunque no quería escucharlo, parecía que tenía un martillo en la cabeza que lo único que

hacía era darme golpes que sonaban tictac. No lograba sacarlo de mis tímpanos. Me di vuelta, sí, ya sé, otra vez, pero me di vuelta, y aunque no quería seguir pensando en nada volví a pensar en mi amigo Augusto. Después de todo, él era el responsable que de yo tuviera que levantarme a las cinco de la mañana. ¿A quién se le puede ocurrir que para viajar al medio del campo hay que salir a las cinco de la mañana? La respuesta es: al padre de Augusto, que tiene que llegar temprano a Salto.

8 Lo peor de todo es que yo me había acostado con sueño. Claro que ocurrieron algunas cosas que me dejaron un poco ansioso. En primer lugar, busqué como una hora un gorro con visera que me había regalado mi amigo Gastón y que yo, estaba seguro, había guardado en el fondo del ropero. No estaba en el fondo del ropero, ni en los cajones de la cómoda, ni en el estante del baño, ni en la pileta de la cocina, ni en la heladera: no lo encontraba. Eso me puso de un increíble mal humor, porque cuando uno quiere encontrar algo — porque uno quiere llevar ese gorro y no otro— lo peor es que venga alguien y le diga, como me dijo mi madre:

—¿Por qué no llevás el verde? Es lo mismo. ¿O tiene que ser ese horrendo gorro rojo que te regaló Gastón?

—Sí, tiene que ser el horrendo gorro rojo con visera que me regaló mi amigo Gastón y que estaba hasta ayer en el fondo del ropero —contesté enojado.

Mi madre me miró como para desintegrarme, como si sus ojos fuesen dos rayos ultraláser, y con cierta ironía, propia de las madres que saben lo que hacen, me preguntó con dulce voz:

—¿Cuándo dijiste que lo viste en tu ropero?

—Ayer... Hace unos... un mes... Hace como un año, cuando arreglé el ropero —contesté con seguridad.

Ella sonrió con picardía. Yo conocía esa sonrisa: quería decir que tenía un as en la manga, que ella sabía algo que yo, su hijo, no sabía. Entonces lo dijo:

—Francisco, ¿te fijaste en el perchero que tenés detrás de la puerta?

De más está decir que corrí a mi cuarto, cerré la puerta y allí colgadito estaba el gorro rojo. ¡Qué humillación! De ahora en adelante me pueden llamar Pancho el Humillado. El gorro siempre estuvo ahí y yo no lo había visto y, claro, ella sí.

Bien, eso fue lo primero que ocurrió y no fue lo que me alteró del todo. Lo que me dejó más ansioso fue la llamada de Augusto.

Ya eran como las diez y yo tenía todo pronto —la mochila, el gorro rojo, el sobre de dormir, el repelente, los lentes de sol, la ropa que me iba a poner— y además me había bañado.

Estaba en mi cuarto. Mis padres habían salido a caminar y de paso a pasear al perro. Mi hermano, como siempre, estaba en la casa de la novia y yo tirado en la cama, repasando mentalmente si no me olvidaba de nada y observando el ventilador del techo, cuando el teléfono sonó.

—Pancho...

—¿Qué hacés?

—Tengo algo que decirte...

—Dale, Augusto, decime. ¿Qué pasó?

—No, nada. Dejá.

Si hay algo que me saca de quicio es que primero me llame para contarme algo y después me diga *dejá*. Pero como lo conozco, sé que es cuestión de darle tiempo y de preguntarle con mucho tacto.

—¿Me podés decir ya mismo qué te pasa?!

—Nada, me enteré de algo que me dejó mal.

—No aguanto el suspense, así que me lo contás ya.

—Mi madre... se va a volver a casar.

—¿A esta hora?

10 —¡No estoy para bromas, Pancho! ¿Entendés que es algo grave?

—No, perdoná —me disculpé—. Pero tus padres hace mucho que se separaron y a vos Daniel te cae fenómeno. Ya hace como cinco años que están juntos. Incluso Daniel le cae bien a tu papá, así que no entiendo cuál es el problema.

—No entendés. La escuché hablando por teléfono con una amiga y le dijo que habían conversado de la posibilidad de casarse. Yo estuve pensando —e hizo una pausa para que mis neuronas se conectaran—: si se quieren casar es porque seguramente planean tener un hijo. ¿Entendés que voy a tener un hermano?

—¡Pará! De posibilidad de casarse pasamos a “voy a tener un hermano”. ¡Achicá!

—Eh... Ahora no puedo seguir hablando. Dormite pronto que a las cinco te pasamos a buscar. Chau, ya me siento mejor, gracias —y cortó.

Luego de la pequeña charla, que además se cortó rápidamente porque con seguridad había aparecido la madre o alguien y eso le impedía seguir hablando,

pensé que lo mejor era dormirme cuanto antes. Ya tendría tiempo de charlar con él.

Estos fueron los dos antecedentes, hablando en términos casi policiales, de mi insomnio. ¡Y en menos de tres horas me iban a pasar a buscar!

De pronto se me ocurrió una idea genial y la dije en voz alta:

—¡No me duermo nada!

Mi hermano hizo un sonido parecido a un ronquido y se dio media vuelta. Yo automáticamente me tapé la boca; me había olvidado de que él sí dormía. Entonces me concentré en no dormirme porque total ya faltaba poco para que... me pasaran... a buscar... para ir a...

Tititití, tititití, tititití, sonaba algo en mi cabeza. Tititití, tititití, tititití, y también algo parecido a un ringgg, ringgg. Me costó abrir los ojos. Entonces comprendí todo: me había quedado dormido. El reloj estaba sonando y el timbre de casa también.

—Ya voy... —le dije al reloj—. No, a vos te apago — corregí y le pegué un manotazo.

El timbre seguía sonando y me imaginé a Augusto en la puerta de calle, dale con el dedo en el botón, mientras en casa todos dormían. Agarré el celular y marqué. Tenía que detener ese sonido.

—¡Dejá de tocar timbre! ¡Ya voy!

—Dale, hace como media hora que estamos esperándote.

—Ya voy.

El timbre dejó de sonar y yo miré las agujas del reloj: eran las cinco y cuarto. Tampoco hacía media hora que

me estaban esperando, exagerado. Estaba tan dormido que no sabía muy bien por dónde empezar. Me puse el gorro, me metí en el baño, me lavé la cara, me cepillé el gorro, me acomodé los dientes... me cepillé los dientes, me acomodé el gorro, tiré la cisterna y volví a terminar de vestirme. Cuando cerré la puerta de casa y me encontré con la camioneta del padre de Augusto estacionada junto al árbol, los dos estaban sentados, despejados y con caras sonrientes. En cambio, yo tenía sueño, estaba de mal humor y la mochila se me caía, se me resbalaba el sobre de dormir y tropecé con una baldosa. “¿Algo más?”, pensé. Ahora solo falta que me tomen el pelo porque me dormí.

Por la ventanilla Guillermo me gritó:

—¡Vamos, dormilón!

—Perdón, no escuché el despertador... —me disculpé con desagrado.

—Yo sabía que te ibas a dormir —agregó Augusto cuando llegó a mi lado para abrirme el baúl de la camioneta.

—Mejor ni me hables... —le advertí.

—¿Qué te pasa? ¿Estás malhumorado? —se divirtió el muy insensible.

—Sí, me llaman Pancho el Malhumorado, así que cortala.

—Dale, vení, que tengo el mate pronto y un paquete de galletitas.

Preferí no agregar nada más. Saludé al padre de Augusto, me senté en el asiento de atrás y la camioneta arrancó.